

los lances, católicos, que Dios emplea en dar á la sociedad grandes y terribles lecciones: los tiempos en que empieza á regir á las naciones con vara de hierro, como lo anunciaba el Profeta, y en que deja caer desde las alturas una sonrisa de indignacion sobre los delirios del espíritu humano: *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos.* (1)

¡Insensatos! agitando en sacrilegos y nocturnos clubs las funestas cuestiones que tienden á destruir la sociedad, se creen omnipotentes, porque son pensadores; componen á su placer los destinos del mundo; precipitan acaso la irrupcion terrible, mas para quedar insepultos bajo su ardiente lava. El fenómeno de imaginar sin término y de estrellarse sin cesar, es viejo entre los hombres: tiempo hace que estos consejos ingeniosos y ocultos ocuparon una sublime ironía en el canto del Profeta-rey, cuando ponía en contraste, para pintar la miseria humana, las perpetuas vicisitudes entre los proyectos y los desengaños: *Cogitaverunt consilia quae non poterunt stabilire* (2).

Tales eran, señores, las circunstancias en los momentos precisos en que el Pontífice reinante estaba para ocupar la sila de Pedro y el trono de Roma. Dispuesto se hallaba todo, y creo no equivocarme si aseguro que uno de los grandes beneficios que la Providencia dispensó á Nuestro Santísimo Padre el Señor Gregorio XVI, fué el haberle llamado al

(1) Ps. II v. 4.

(2) Ps. XX, v. 12.

cielo la víspera de una conflagracion universal en la tierra. Políticos puramente humanos han tomado á su cargo el análisis de los acontecimientos que desde entonces empezaron á correr, y el respetable nombre de Pio IX, este nombre que se difundió rápida y dulcemente por todo el mundo, que restituyó la calma á toda la Iglesia católica, penosamente agitada por la expectativa del nuevo Pontífice en las circunstancias mas deplorables, y en la crisis mas imponente y amenazadora para una eleccion de esta naturaleza, este nombre que fué ya el símbolo de la esperanza para todo buen católico, bien recordareis que fué tambien conducido en triunfo por la fama política, para empezar á sufrir muy pronto los tormentos de una celebridad poco segura; que en la misma capital del orbe cristiano sufrió una terrible bilocacion en los *vivas* enfáticos de aquella multitud entusiasta; que el nombre de *viva Pio IX* fué la contradictoria del nombre de *viva el Papa*; que todos los partidos especulaban con la bondad del nuevo Soberano, sin comprender su pensamiento y menos todavía su mision política; y que el respetable y santo Pastor de la grey de Jesucristo, sufrió solo esa corriente indómita de una turba mal satisfecha con las concesiones, é irritada con los obstáculos. Lo demas, bien lo sabeis: el Señor Pio IX muy pronto se anunció al mundo desde Gaeta, y la ingrata ciudad que le habia arrojado de su seno, quedó sirviendo de espectáculo á la compasion del universo.

Señores: os ofrecí examinar un primer hecho que sirve de antecedente al concepto que debemos formar sobre el triunfo de la religion en el regreso de Nuestro Santísimo Padre á Roma, y acabo de cumplirlo. Las tendencias de la revolucion italiana corrian delante, aunque por la misma línea, de las tendencias de la revolucion europea: (1) destruir con el poder temporal de los Pontífices el obstáculo insuperable á la realizacion de esos proyectos ultra democráticos, al planteo del socialismo, á la abolicion completa del elemento espiritual y el elemento material, de Dios en las doctrinas, y de la propiedad en los derechos y en las garantías. Pues bien, los agentes de la revolucion italiana pudieron seducirse con esta especie de destierro del Papa, conceptuándose haber dado un paso gigantesco, hácia lo que llamaban ellos reformas útiles y progresos sociales. ¿Pero qué sucedió de facto? Pio IX desterrado y la Europa conmovida, sufrieron las consecuencias de una esplosion volcánica; mas á muy poco, ¡cosa admirable! el orden político renace, y las instituciones sociales parecen empezar á tomar su aplomo sobre un terreno mas firme. El Soberano que habia salido acosado por el fanatismo de una multitud fascinada, el Pontífice venerable que se habia retirado como el Profeta, á llorar las desgracias de Jerusalén desolada, dejando correr con sus lágrimas de pastor su paternal ternura sobre toda

(1) Ya he fundado en otra parte este concepto, en la nota de la pag. 22.

la Iglesia católica, penosamente atormentada por la crisis terrible á que habia llegado la persona que rige sus destinos, el grande, el esclarecido, el ínclito, el inmortal Pio IX volvió despues precedido de los desengaños, invocado contra los desastres de la Italia, solicitado por el corazon de todos sus hijos, llamado como libertador por los clamores lastimosos de los trastornos y de las calamidades de sus pueblos, volvió rey como habia salido de Roma, volvió entre las felicitaciones universales, entre las aclamaciones del pueblo. Pero dejemos esto de felicitaciones y aplausos; ya es tiempo de desengañarnos: la mas brillante conquista que se ha hecho en nuestros tiempos, es descubrir que su valor positivo es igual á su valor negativo: vengamos á las grandes ideas de la Religion ornando sus triunfos con esos terribles desengaños sobre la versatilidad de las opiniones y la inconstancia de los entusiasmos populares. El sábio vive de la verdad, y la sociedad no puede estar contenta con solas ilusiones. La multitud necesita quimeras, quimeras para divertirse, quimeras para fascinarse; pero no para ser feliz. Estudiemos, pues, el grande acontecimiento: la empresa no es difícil, solo se trata de ver, y el objeto tiene dimensiones colosales.

Sí, *dimensiones colosales*; y dos nada mas; vedlas aquí: tendencias de la revolucion italiana; resultado de la revolucion italiana. ¿A dónde tendia? A la mas completa abolicion del poder temporal de los Pontífices. ¿Cuál fué su resultado? la reinstalacion

de este poder con la vuelta del soberano, y por consiguiente, el triunfo de los principios católicos. ¿Dónde está ese triunfo? en la naturaleza de los medios que determinaron por último este final resultado. ¿Dónde están figurados estos medios? En las convicciones que hicieron triunfar la idea católica, en los desengaños que cambiaron el sistema de la conducta de Europa, en los procedimientos que fijaron el verdadero carácter de las relaciones entre el Papa y los otros Estados.

Las convicciones, de que ya os he hablado, no podían reaparecer sin un sacudimiento desastroso de la primera magnitud: único remedio contra la indiferencia en que yacía la célebre cuestion sobre el influjo político y social del catolicismo. En las grandes crisis de la sociedad, todo vuelve á pasar por la revision y el escámen; y en esta nueva discusion que sufrió á la faz del mundo y al calor de los mas grandes intereses, la cuestion política del Sr. Pio IX, el poder temporal de los Pontífices fué ya considerado como un punto de apelacion hecha por la sociedad á la Providencia, para salvarse del mas funesto desequilibrio, siendo ya incontestable que de otra suerte quedaria vendido á las preponderancias accidentales de cada potencia el órden permanente de todas las sociedades.

¿Y qué resultó de aquí? Las convicciones costosas, hijas por lo comun de insignes desengaños, vienen de ordinario á refluir en el sistema de la conducta; y he aquí por qué, al consumarse sobre

la situacion de la Europa la conquista sublime de la fé, comenzó tambien á desenvolverse el poder tutelar de la esperanza, y á prepararse para la sociedad política el influjo de esa virtud inmensa que hace entrar en en su seno á todos los mundos, y tiene lazos para estrechar á todas las generaciones. ¿No lo veis? La Santa Iglesia católica vuelve á recibir hoy aquella mision sublime del órden, de concordia y de prosperidad pública que despues de tres siglos de sangre, le fué reconocida por el gran Constantino, y que mas tarde le fué ratificada por el insigne Clodoveo. Con ¡cuánta espontaneidad se la reconoce y aclama poseedora de los verdaderos principios sociales, garantía necesaria del órden, depositaria esclusiva de la moral! ¡Feliz culpa, podíamos esclamar, á la vista de los resultados tan plausibles! ¡Venturosos desastres, que sembrando su camino tortuoso de ilustres desengaños, han regenerado la razon pública, rehabilitado prácticamente los principios, y enriquecido la sociedad con ideas ligítimas, con pensamientos fecundos! ¡Dichosísima revolucion, que comenzando por precipitar sobre todo el mundo político inmensas y tempestuosas nubes, precursoras de la muerte, acabó por dibujar sobre los extremos del horizonte el iris bello de una nueva alianza, que habia de ser como el crepúsculo del mas grato porvenir! ¡Ah! mi alma se siente enagenada delante de un cuadro tan magnífico y sublime; y no acierto á dar crédito á mis ojos, cuando veo lo que pasa hoy en la ciudad

eterna! Se diría que un fuego celestial, descendiendo misteriosamente sobre las siete colinas, ha reanimado el depósito augusto de tantas glorias diversas, de tantos pensamientos fecundos, de tantas tradiciones venerables, de tanta virtud y de tanta grandeza, como se han reunido en la morada de los Pontífices, desde que el mundo tuvo una capital por el principio católico. ¿Y os ocultaré, señores, una emoción profunda que me está agitando en este momento? No: porque es dulce para mí, grata para vosotros y acepta para el alto y santo personaje que ocupa nuestra atención. Vosotros pensáis y sentís como yo: no he dicho bien; yo soy aquí el intérprete de vuestras ideas y el órgano de vuestros sentimientos. Vuestros labios han prorumpido ya en dulces y santos himnos de reconocimiento, cuando al insolente clamoreo de las naciones fascinadas y al estravasado concierto de los grandes que se habían levantado, como dice el Profeta (1), contra el Señor y contra su Cristo, miráis suceder ese cuadro á par humilde que sublime de todo un mundo vuelto en sí por la desgracia, convertido al cielo por los desengaños, y adicto al Vicario de Jesucristo por el dulcísimo sentimiento de la esperanza. De este modo ¡gran Dios! haceis resplandecer sobre los hombres vuestro poder, vuestra sabiduría y vuestra misericordia. Ellos os olvidan, pero vos

(1) *¿Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?—  
Astiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus.  
Dominum et adversus Christum ejus. Ps. II vv. 1 et 2.*

nunca les perdeis de vista: os desconocen, pero nunca dejáis de ser su Padre: os insultan, pero convenciéndoles de su ceguedad, les llamáis otra vez á vuestra misericordia; y de este modo nunca vuestra gloria es exaltada en la tierra, sin que se abran los cielos para favorecer sin medida á los mortales.

Ved cómo triunfa la religión por la esperanza en este ilustre acontecimiento, alumbrando la resurrección de simpatías convertidas cuando ménos en indiferencia, reincorporando de nuevo entre los elementos de la sociedad exigencias imperiosísimas tenazmente combatidas, atando los lazos de dos mundos que vagaban escéuticos, digámoslo así, el mundo político y el mundo filosófico. ¿Quién hubiera podido imaginar, señores, que dos años de turbulencias habían de reformar la obra de tres siglos, depurando los principios, afirmando las esperanzas, y haciendo revivir los sentimientos religiosos de tantas naciones? ¿Será extraño, pues, que las convicciones y los desengaños hayan conducido las cosas hasta el punto de rejuvenecer, digámoslo así, bajo la influencia del catolicismo triunfante en los principios y en las esperanzas, aquella tierna solicitud, que la Iglesia llegó á inspirar en sus más bellos siglos á los supremos jefes de las naciones? ¡Qué cuadro tan sublime, señores, el de la Europa y Pío IX durante su asilo en Gaeta!

Aun no había desplegado sus labios el ilustre y santo Pontífice para condenar la ingratitud de sus hijos, cuando los anatemas de todos los pueblos cul-

tos invadieron el territorio de los romanos. No hubo nacion que no alzase el noble grito, para condenar aquella revuelta impía; y por uno de esos movimientos inesplicables, un estremecimiento simultáneo de indignacion contra los rebeldes, y de solícita y respetuosa ternura para con el santo Pontífice, ahogó con un golpe de desengaño las esperanzas de los filósofos impíos, anunciando de una manera imponente y sublime *el catolicismo del mundo*. ¿Cuándo perderán su interés y su encanto para los verdaderos católicos, aquellas manifestaciones francas, magníficas, espontáneas y tiernas al mismo tiempo, con que N. Smo. Padre el Sr. Pio IX, fué saludado en Gaeta por todas las naciones que le reconocian por el Padre comun de todos los fieles? No le faltó ningun homenaje, no se le escaseó ningun recurso, y nunca su gloria pontificia pareció lanzar sobre el orbe rayos más esplendentes, que cuando la ingratitud romana se esforzaba en humillarle, dejándole en Gaeta como un ser extraño á los destinos políticos de la nacion.

No hablaré de España: nadie cuestiona los antiguos y respetables títulos de este pueblo para figurar en la primera gerarquía de los homenajes al Pontífice: Isabel II sabia muy bien, que ocupaba el trono de San Fernando. Tampoco recordaré á esta noble reina de la América española, á esta República mexicana, que no mintió á sus timbres y á su gloriosa ascendencia, cuando se trató de conducir hasta Gaeta los sentimientos eminente-

mente católicos que afectaban á sus Iglesias á la par que á su gobierno nacional. Algo ecsistia sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rey, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordaos, señores, de que Francia asió con fuerza un título que creian todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que la hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia menos fuerte, y que restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima y republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habeis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice—rey al gobierno de sus Estados? ¿Por qué, pues, tan estraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, señores? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crisis, Dios quiso corre-

gir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al esplicarme de esta suerte, me agita, señores, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la Religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una esclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa Religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, señores, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transicion paso, pues, á mi segunda idea.

## SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma, mediante la fé; conciértase la voluntad consigo misma, mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia, mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fé, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí, cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, señores, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razon de esto es muy sencilla, y díganlo, si no, primero, la guerra de doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto